

EDITORIAL

POLITICA DEPORTIVA

Y

DEPORTE POLITIZADO

Es innegable que el deporte ha adquirido desde la última guerra mundial carta de naturaleza en la problemática sociológica de casi todos los países de la tierra: Para unos ha representado expresión inequívoca de toda una consecuente política de pleno desarrollo social y económico, para otros ha sido el primer peldaño de una fatigosa ascensión de niveles de subdesarrollo. Para unos fue la consecuencia inmediata de un triunfalismo victorioso, o la casi exclusiva oportunidad de un revanchismo de derrota, para los otros, el primer balbuceo jubiloso de independencia.

Planteada así la base de lanzamiento, indudablemente espectacular del deporte después de la Guerra Mundial, un fuerte contenido político, —ya había tenido un breve pero significativo epílogo en la Olimpiada del 36—, ha presidido su desarrollo, pese a la fugaz cura de humildad de la Olimpiada de Londres en 1948, con el cortejo de exacerbaciones nacionalistas y desmedido triunfalismo localista que ahora quizás se empieza a lamentar.

Si a estas circunstancias históricas añadimos las vivencias de una época de espectaculares fracasos ideológicos, de profundas revisiones a arquetipos doctrinales de todo un inconsciente colectivo, en la que resulta difícil desbrozar lo temporáneo de lo permanente, donde los viejos ídolos han sido derribados para levantar otros con pedestales de barro, —quizás porque una etapa de transición como la que nos toca vivir imponga estas servidumbres—, no es de extrañar que los pueblos, las colectividades, se aferren a lo que sea para sustituir unos mitos que la propia sociedad ha destruído. No es casual pues,

sino obligado, el que el deporte, con la participación activa y casi exclusiva de una masa juvenil, con sus ídolos de "nueva ola", haya sido utilizado como una baza importante a esgrimir en los logros sociales de cualquier régimen político.

Que el deporte ha sido politizado es innegable, que el deporte es y continuará siendo excelente muestrario de justificación histórica a sistemas políticos de toda índole no es ningún descubrimiento —pese a la aparente indiferencia en el "juego" de los miles de jóvenes implicados en la actividad deportiva— pero lo que ya es otra cuestión es saber si esta, al parecer fatalista, derivación del hecho deportivo, es consecuencia de una premeditada politización de base, o no es más que el resultado secundario, pero inevitable, de una correcta y honrada política deportiva. Y es importante establecer este diagnóstico diferencial por cuanto si para lo primero no existe justificación, ya que no puede admitirse convertir la temporaneidad de unos éxitos deportivos en permanentes bastiones del "establishment", sí puede ser disculpable que una racional y saneada política deportiva de puertas adentro se convierta, de puertas afuera, en una muestra más, ni la única ni la más importante, de las excelencias de determinado sistema socio-político.

J. G.